

Hna. Isabel Musetti, OSB
Monasterio Santa María Madre de la Iglesia
El Pinar – Uruguay

JUAN PABLO II A LOS RELIGIOSOS

En esta nueva “guía de lectura”, ofrecemos una información resumida del magisterio del Papa Juan Pablo II durante los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1983. Está organizada en torno a los siguientes temas:

- La Iglesia, lugar de la doxología.
- Identidad eclesial de los religiosos.
- Santidad.
- Paz.
- Misiones.

Completamos las citas textuales con una lista de las homilias, discursos y alocuciones del Santo Padre a los religiosos, que han sido publicadas en este trimestre en el “*Osservatore Romano*”.

• LA IGLESIA, LUGAR DE LA DOXOLOGIA

“Al elevar a la gloria de los altares y proclamar Beatos a Santiago Cusmano, Domingo Iturrate y Jeremías de Valachia, la Iglesia desea *venerar especialmente a Dios*, dar gloria a Dios.

El hombre es lo que es ante Dios; existe para ser “alabanza de su gloria”. La alabanza de Dios confiere todo su sentido a la vida, pues como dice San Ireneo: “La gloria de Dios es el hombre viviente”. (Adv. Haer. IV, 20,7). La alabanza no es sólo realización del hombre individual, sino también de la Iglesia *en cuanto pueblo de Dios*, cuya misión consiste en narrar las maravillas de Dios. Por esto gusta a los Padres definir a la Iglesia “Lugar de la Doxología”.

Alabar a Dios significa reconocer las maravillas existentes en El y reservadas por El al universo.

Pero significa asimismo admirar las maravillas de la Redención que El obra en los santos al llamarles al esplendor de su gracia y perfección.

Los Santos hablan de la gloria de Dios. Proclaman la potencia de la redención de Cristo, la potencia de la cruz y resurrección. Son testimonio vivo de que el Creador y Padre ama todo lo existente (cf. Sab 11,24)”. (*Osservatore Romano* N° 45, del 6 de noviembre, 1983).

“Consecuencia de la actividad interior del Espíritu Santo son: el *hombre nuevo*, que debe revestirse de la imagen de su Creador y cantar “un canto

nuevo" una nueva vida de comunidad y de comunión, de modo que al inscribirse y amonestarse mutuamente con sabiduría, cantando a Dios de corazón y con gratitud (Col 3,16), aparezcan como un don pascual, fruto de la resurrección de Cristo. Comentando las palabras del salmo 32 "Cantadle un cántico nuevo" San Agustín exhortaba así a sus fieles y nos exhorta también a nosotros: "Despojaos de lo que ya es viejo: habéis conocido el canto nuevo. Un hombre nuevo, un Testamento nuevo, un canto nuevo. El canto nuevo no va de acuerdo con los hombres viejos. No lo aprenden sino los hombres renovados por medio de la gracia, de lo que era viejo; hombres pertenecientes ya al Nuevo Testamento, que es el Reino de los cielos. Todo nuestro amor suspira por él y canta un canto nuevo, no con la lengua sino con la vida".

... Cristo es el Himno del Padre y, con la encarnación ha entregado a la Iglesia ese mismo Himno, es decir, se ha entregado a sí mismo para que ella lo perpetúe hasta su retorno. Ahora cada cristiano está llamado a participar en este Himno, y a hacerse él mismo "canto nuevo" en Cristo al Padre celeste... Naturalmente este "canto nuevo" que resuena en mí y en vosotros como prolongación del Himno eterno que es Cristo, debe estar en sintonía con la perfección absoluta con que el Verbo se dirige al Padre, de modo que en la vida, en el poder de los afectos y en la belleza del arte, se realice completamente la *unidad* entre vosotros, miembros vivos, con Cristo, nuestra cabeza: "Cuando alabáis a Dios, alabadlo con todo vuestro ser; ¡Cante la voz, cante el corazón, cante la vida, canten los hechos!" es también la penetrante recomendación de San Agustín. (Enarr. in Ps. CXLIII)". (*Osservatore Romano* N° 40, del 2 de octubre, 1983).

IDENTIDAD ECLESIAL DE LOS RELIGIOSOS

"La vida religiosa pertenece a la vida de la Iglesia de tal manera, tan inmediatamente toca su constitución y santidad, que debe formar parte integrante del cuidado pastoral del Papa y los obispos, que tienen una responsabilidad única con relación a toda la vida de la Iglesia y están destinados a ser signos de su santidad. Al hablar de la vida religiosa estamos hablando de una realidad eclesial que concierne a los obispos en razón de su propio ministerio.... Ahora quisiera subrayar solamente algunos elementos íntimamente ligados al tema de la conversión y la santidad de vida en el contexto de su vida religiosa y de la responsabilidad pastoral de los obispos, que "han recibido el deber de cuidar de los carismas religiosos, sobre todo porque la indivisibilidad de su ministerio pastoral los hace responsables de la perfección del entero rebaño" (M.R. 9). Al seleccionar algunos aspectos de la vida religiosa para reflexionar sobre ellos, de manera inmediata salta el tema de la oración. El nuevo Código de derecho canónico afirma que la primera y principal obligación de todos los religiosos es la contemplación de las cosas divinas y la constante unión con Dios en la oración. (cf.; Can. 663,1). La cuestión del ser religioso unido con Dios en la oración, antecede a la cuestión de qué actividad realizará.

Esto nos habla de algo muy profundo de la vida religiosa. Nos habla del valor de vivir sólo para Dios, del testimonio del Reino y de la consagración a Jesucristo. A través de los votos de castidad, pobreza y obediencia, los religiosos se consagran a Dios ratificando y confirmando personalmente todos los com-

promisos del bautismo.

Pero más importante es la acción divina, el hecho de que *Dios los consagra* a gloria de su Hijo; lo hace a través de la mediación de la Iglesia, que obra con la fuerza de su Espíritu. Todo esto prueba la estima que nosotros, los obispos, debemos tener de los religiosos y de la inmensa contribución que dan a la Iglesia. Y sin embargo, esta contribución es más por lo que son que por la que puedan hacer. Su mayor dignidad consiste en que son personas individualmente llamadas por Dios y consagradas por El a través de la mediación de la Iglesia. El valor de su actividad es grande; pero el valor de su ser religioso lo es todavía más.

... La *dimensión eclesial*, es absolutamente esencial para una recta comprensión de la vida religiosa. Los religiosos son lo que son porque la Iglesia media en su consagración y garantiza su carisma de ser religiosos.

... La vivencia fructuosa del carisma religioso presupone la aceptación fiel del Magisterio de la Iglesia, que de hecho es la aceptación de la realidad e identidad del Colegio Episcopal unido al Papa. El Colegio de los Obispos, como sucesor del Colegio Apostólico, sigue contando con la guía del Espíritu Santo; las palabras de Jesús tienen aplicación también hoy: "El que a vosotros oye, a mí me oye, el que a vosotros desecha, a mí me desecha, y el que me desecha a mí, desecha al que me envió" (Lc 10,16).

... Deseo que subrayéis la especial función femenina de las religiosas: en la Iglesia y personificando la Iglesia como Esposa de Cristo, están llamadas a vivir para Cristo, fielmente, exclusivamente, permanentemente, conscientes de poder hacer visible el aspecto sponsal del amor de la Iglesia por Cristo.

Que todos se den cuenta de que el *mayor malentendido* del carisma de los religiosos, la mayor ofensa a su dignidad y a sus personas viene de los que intentan situar su vida o su misión fuera del contexto eclesial. Los religiosos son traicionados por todos los que intentan que se adhieran a doctrinas contrarias al Magisterio de la Iglesia, que los concibió con su amor y los hizo nacer en su verdad liberadora. La aceptación de la realidad de la Iglesia por los religiosos y su unión vital —a través de ella y por ella— con Cristo, es una condición esencial para la vitalidad de su oración, para la eficacia de su servicio a los pobres para la validez de su testimonio social, para la buena marcha de sus relaciones comunitarias, es medida del éxito de su renovación, garantía de la autenticidad de su pobreza y sencillez de vida. Y sólo en total unión con la Iglesia puede su castidad ser completa y don grato que dará satisfacción a los anhelos de su corazón de darse a Cristo para recibir de El y ser fecundo en su amor." (*Osservatore Romano* N° 49, del 4 de diciembre; 1983).

SANTIDAD

"En este año que la Iglesia vive como Jubileo extraordinario de la Redención, nos hemos reunido muchas veces en torno a figuras que han alcanzado la gloria de los altares. Es un signo particular de la inagotable potencia de la redención, que actúa en el alma de los siervos y siervas de Dios, permitiéndoles proseguir tenazmente por el camino de la santidad. Esta vocación a la santidad tiene su eterno comienzo, en el *designio salvífico de la Santísima Trinidad*.

"A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo, para que El fuera el primogénito de muchos hermanos. A los que predestinó, los llamó, a los que llamó los justificó; a los que justificó, los glorificó" (Rom 8, 29-30).

... Además, la vocación a la santidad, *es un fruto de la revelación y el conocimiento*. Dice Jesús: "Te doy gracias, Padre Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y se las has revelado a la gente sencilla. Sí Padre, así te ha parecido mejor. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar (Mt 11,25-27).

La verdadera sabiduría e inteligencia supone la "pequeñez", entendida como *docilidad* al Espíritu Santo. Sólo con ella es posible, en el Hijo, por el Hijo y con el Hijo, conocer los misterios del Padre, que, en cambio, son desconocidos a los sabios y entendidos de este mundo, obcecados por la necedad y la soberbia. (1 Cor 1,18-21).

La vocación a la santidad es realizada por esos pequeños del Evangelio que aceptan de todo corazón la Revelación divina. Gracias a esto "conocen" al Hijo, y gracias al Hijo, "conocen al Padre".

Este conocimiento es a la vez, aceptación de la vocación: "Venid a mí... Cargad con mi yugo y aprended de mí". (Mt 11,28-29). Se llega, pues, a Cristo, precisamente como llegó Sor María de Jesús Crucificado, esto es, cargando con su yugo, aprendiendo de El, que es manso y humilde de corazón y *hallando descanso* para la propia alma.

Y todo esto *es obra del amor*. La santidad se apoya, ante todo en el amor. Es su fruto maduro:

- "el amor, *fuerte* como la muerte";
- "el amor que no podrán apagar las aguas torrenciales";
- "el amor, que no se puede comprar con todas las riquezas de su casa". (Can 8,6-7). Y S. Pablo, en su carta a los Romanos, enseña que: "a los que aman a Dios todo les sirve para el bien". Precisamente esta *cooperación* marca el camino a la santidad, día tras día, durante toda la vida. Por este camino se realiza la santidad como vocación eterna de los que "ha llamado Dios conforme a su designio" (Rom 8,28)". (*Osservatore Romano* N° 47, del 20 de Noviembre, 1983).

• PAZ

"Es mi profunda convicción, es una constante de la Biblia y del pensamiento cristiano, es, así lo espero, una intuición de muchos hombres de buena voluntad, que la guerra nace en el corazón del hombre. *Es el hombre quien mata* y no su espada o, como diríamos hoy, sus misiles.

El "corazón", en el lenguaje bíblico, es lo más profundo de la persona humana, en su relación con el bien y el mal, con los otros, con Dios. No se trata tanto de su afectividad, cuanto más bien de su conciencia, de sus convicciones, del sistema de pensamiento en que se inspiran, así como de las pa-

siones que implican. Mediante el corazón, el hombre se hace sensible a los valores absolutos del bien, a la justicia, a la fraternidad, a la paz..... Si los sistemas actuales, engendrados por el "corazón" del hombre, se revelan incapaces de asegurar la paz, es preciso renovar el corazón del hombre, para renovar los sistemas, las instituciones y los métodos. La fe cristiana posee una palabra para designar ese cambio fundamental del corazón: "conversión". En general, se trata de encontrar de nuevo la clarividencia y la imparcialidad junto con la libertad de espíritu, el sentido de la justicia junto con el respeto a los derechos humanos, el sentido de la equidad con la solidaridad mundial entre ricos y pobres, la confianza mutua y el amor fraterno." (Mensaje de Su Santidad Juan Pablo II, para la celebración de la jornada mundial de la paz).

"Sor María de Jesús Crucificado brilla como hija sin par de la Iglesia. Refleja los diferentes rostros de la Iglesia, la Iglesia greco-melquita, en que fue bautizada y educada, y la Iglesia latina, donde se inició en la vida carmelitana. Estando fuera de su país natal, se insertó en las comunidades cristianas del Líbano, Egipto, Francia e India.

Compartió el ardor misionero de la Iglesia, su sed de unidad y adhesión a sus pastores, en especial al Pontífice Romano Pío IX. Pues la Iglesia debe ser una en la diversidad y riqueza de lenguas, culturas y ritos.

Maltratada con frecuencia por sucesos y personas, nunca dejó de sembrar paz y unir corazones. Aquí tenemos a alguien que intercede por nosotros ante Jesús. Hoy, en los distintos países de Oriente próximo, vivís en situaciones de paz muy frágil y a veces hasta de guerra. Es un gran dolor para los habitantes de esta región; el mundo entero está preocupado por su suerte, y no llega a ayudarles eficazmente dentro del respeto a su libertad. No quiero abordar esta mañana los aspectos políticos del problema. Pero a vosotros, católicos greco-melquitas, latinos o de otros ritos, que compartís las pruebas de todos vuestros compatriotas, cristianos, judíos y musulmanes, quiero deciros una vez más la solicitud de la Santa Sede y su fuerte estímulo. Como en los tiempos en que San Pablo abogaba por los "santos de Jerusalén", *la Iglesia entera os tiene que sostener*. Es una necesidad para la vida, testimonio y honra de la asamblea de los cristianos. Pues por importantes que sean en Tierra Santa los vestigios de la época de Jesús, los recuerdos históricos y los monumentos de arte sagrado que han construido o reconstruido las comunidades cristianas a lo largo de los siglos, lo que más importa es que resplandezca la *Iglesia viviente*, el Templo formado por los miembros de Cristo, testigo hoy también de fe, oración y amor, de acuerdo con el mensaje de Jesús de Nazaret, manteniendo así viva la presencia de Cristo Jesús, muerto y resucitado.

Os animo a mantener y manifestar vuestro amor indestructible a vuestra tierra, donde tenéis vuestras raíces como Mariam Baouardy, que volvió a fundar un Carmelo en Belén y proyectar otro en Nazareth. Esto comporta una exigencia particular, evangélica. Debéis estar a la vanguardia de los *artífices de paz*, con sentimientos de apertura, estima, amor, perdón y reconciliación hacia todos los hermanos vinculados también a esta tierra, sean cristianos, judíos o musulmanes. No olvidéis nunca que en este país representáis a Jesús y su amor universal." (*Osservatore Romano* N° 47, del 20 de noviembre, 1983).

MISIONES

“El capítulo general de un instituto religioso es siempre una etapa importante en su historia, porque se revisa el camino recorrido y se trazan las líneas directivas para el futuro. Sin embargo, queda siempre en la base de cada una de las decisiones y como estrella polar de cada proyecto, la característica típica del organismo, tal como la quiso el fundador y fue aprobada por la autoridad eclesiástica. En el caso del P.I.M.E., entre las muchas y válidas actividades apostólicas, es fundamental y típica la evangelización de los pueblos no cristianos. Efectivamente, es una misión que afecta a toda la Iglesia, y por esto a cada uno de los cristianos y a cada uno de los institutos misioneros. Para llevar a cabo esta tarea es indispensable una rigurosa formación teológica tanto en el campo dogmático, como el moral, litúrgico, jurídico, de modo que podáis actuar siempre con plena convicción y total ortodoxia, en la Iglesia, con la Iglesia y por la Iglesia, aún comprometiéndoos a fondo en la promoción humana, por medio del ejercicio de la caridad; la ayuda concreta al desarrollo de los pueblos y el progreso de los individuos, especialmente donde está más extendida la miseria y la marginación social, pero respetando y valorando los contenidos positivos que hay en las diversas culturas y las distintas manifestaciones religiosas. Es necesaria una sólida espiritualidad cristiana, sacerdotal y misionera, que lleve, con la gracia divina a la propia santificación y a la de los demás”. (*Osservatore Romano* N° 51, del 18 de diciembre, 1983).

“La obra misionera de la Iglesia, busca apoyo de continuo en la oración, que es el más potente de todos los “medios de los pobres” del reino de Dios: “Los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansan” (Sir 35,21).

Por ello, desde esta basílica que custodian los monjes benedictinos, hago un llamamiento a las Ordenes contemplativas masculinas y femeninas para que brinden su experiencia de oración y vida espiritual a los hombres de nuestro tiempo, y en especial a los jóvenes (cf. *Mutuae relationes* 25) y hagan todos los esfuerzos por fundar nuevas comunidades en las Iglesias jóvenes. Al igual que comenzó San Gregorio Magno con los monjes presididos por San Agustín de Inglaterra la campaña misionera del monacato occidental, que con la obra evangelizadora de San Cirilo y Metodio, civilizó y cristianizó a Europa, del mismo modo también yo, en sintonía con la invitación de Pablo VI, exhorto a los hijos de San Benito, a incrementar su presencia en América Latina y África, y a asumir interés especial por los países de Asia, cuyas religiones, sensibles en extremo al mensaje monástico, esperan del monacato cristiano, la luz de la revelación plena”. (*Osservatore Romano* N° 44, del 30 de octubre de 1983. Jornada mundial de las Misiones).

*

*

*

LISTA DE LAS HOMILIAS, DISCURSOS Y ALOCUCIONES DEL PAPA
EN EL TRIMESTRE OCTUBRE-DICIEMBRE 1983

- Homilía durante la ceremonia de canonización del sacerdote capuchino L. de Castelnuovo.
(*Osservatore Romano* N° 43, del 23 de octubre de 1983).
- Saludo al nuevo superior general y a los padres capitulares de la Orden Carmelitana.
(*Osservatore Romano* N° 43, del 23 de octubre de 1983).
- Homilía en la basílica de San Pablo Extramuros.
(*Osservatore Romano* N° 44, del 30 de octubre de 1983).
- Homilía en la ceremonia de beatificación de Giacomo Cusmano (fundador de los Misioneros Siervos de los pobres), Jeremías de Valacchia (capuchino) y Domingo Iturrate (trinitario).
(*Osservatore Romano* N° 45, del 6 de noviembre de 1983).
- Homilía en la beatificación de Sor María de Jesús Crucificado (carmelita).
(*Osservatore Romano* N° 47, del 20 de noviembre de 1983).
- Orientaciones pastorales a los obispos de Estados Unidos: Identidad y misión de los religiosos en la Iglesia.
(*Osservatore Romano* N° 49, del 4 de diciembre de 1983).
- Discurso a la Asamblea General del P.I.M.E.
(*Osservatore Romano* N° 51, del 18 de diciembre de 1983).

Sin embargo, es cierto que los religiosos, si no construyen su vida sobre "una austeridad alegre y bien equilibrada" y una renuncia decidida y concreta, arriesgan la pérdida de la libertad espiritual, necesaria para vivir los consejos.